

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Gert Rosenthal

Secretario Ejecutivo Adjunto
Carlos Massad

Director de la Revista
Aníbal Pinto

Secretario Técnico
Eugenio Lahera



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE
SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1990

Revista de la
CEPAL

Santiago de Chile

Agosto de 1990

Número 41

SUMARIO

| | |
|--|-----|
| Vigésimo tercer período de sesiones de la CEPAL | 7 |
| <i>Discursos</i> | 7 |
| Secretario Ejecutivo de la CEPAL, <i>Gert Rosenthal</i> . | 7 |
| Presidente de Venezuela, <i>Carlos Andrés Pérez</i> . | 11 |
| Ministro de Economía de Chile, <i>Carlos Ominami</i> . | 15 |
| Secretario de Programación y Presupuesto de México, <i>Ernesto Zedillo Ponce de León</i> . | 19 |
| Director para las relaciones con América Latina de la Comisión Europea, <i>Angel Viñas</i> . | 26 |
| La política de estabilización en México, <i>Jorge Eduardo Navarrete</i> . | 31 |
| La intervención del Estado en Brasil. Un enfoque pragmático. <i>Luis Carlos Bresser</i> . | 47 |
| Desarrollo sostenido para el Caribe. <i>Trevor Harker</i> . | 57 |
| La inserción comercial de América Latina. <i>Mattia Barbera</i> . | 75 |
| Elementos para una política ambiental eficaz. <i>María Inés Bustamante, Santiago Torres</i> . | 109 |
| Las cuentas del patrimonio natural y el desarrollo sustentable. <i>Nicolo Gligo</i> . | 123 |
| Magnitud de la situación de la pobreza. <i>Juan Carlos Feres, Arturo León</i> . | 139 |
| Áreas duras y áreas blandas en el desarrollo social. <i>Rubén Kaztman, Pascual Gerstenfeld</i> . | 159 |
| Naturaleza y selectividad de la política social. <i>Ana Sojo</i> . | 183 |
| Modelos econométricos para la planificación. <i>Eduardo García D'Acuña</i> . | 201 |
| Selección de ventajas comparativas dinámicas. <i>Eduardo García D'Acuña</i> . | 209 |
| Orientaciones para los colaboradores de la <i>Revista de la CEPAL</i> . | 212 |
| Publicaciones recientes de la CEPAL. | 213 |

Los retos son claros. Transformar y modernizar nuestras economías, competir internacionalmente, profundizar nuestra democracia, desarrollar políticas de solidaridad social mejores y

más eficaces, avanzar rápidamente en el campo de la tecnología y no retrasar más el proceso latinoamericano de integración.

¡Manos a la obra!

Ministro de Economía de Chile *Carlos Ominami Pascual*

El crecimiento es compatible con la igualdad social

El Gobierno democrático de Chile que preside don Patricio Aylwin, se incorpora a esta vigésimo tercera conferencia de la CEPAL con interés y esperanza. Nuestro mandato emana de la decisión del pueblo de Chile de poner término a más de una década y media de régimen autoritario y elegir un camino democrático de desarrollo económico, político y social.

Nuestro objetivo básico es reconstruir la democracia en el país. Para ello, junto a la indispensable democratización de las instituciones públicas, estamos empeñados en aclarar el dramático problema de los derechos humanos, mejorar las condiciones de vida de los sectores más pobres y avanzar simultáneamente por el camino de la modernización de nuestra estructura social y productiva.

Asimismo, somos un gobierno que está buscando reintegrarse a la comunidad internacional y que valora muy positivamente la creación de lazos de solidaridad y cooperación entre todas las naciones de este continente. En este contexto, nuestro gobierno considera de suma importancia la contribución que, por décadas, la CEPAL viene realizando al desarrollo de la región.

La estrategia económica de nuestro gobierno ha sido elaborada a partir de un balance ecuánime de lo ocurrido durante las últimas décadas. Valoramos positivamente el desarrollo en el país de una cultura de disciplina económica, la apertura comercial hacia el resto del mundo, el énfasis en el desarrollo exportador, así como la existencia de un espíritu empresarial que pone por delante la búsqueda de la competitividad tanto interna como en los mercados internacionales.

Sin embargo, es evidente que estos logros han tenido enormes costos, asociados a una profunda reestructuración de la industria nacional y de la propiedad en el sector agrícola. Hasta 1984 fueron numerosas las empresas que quebraron, dando luego paso a nuevas iniciativas tecnológicamente más avanzadas. Esto, agravado por la crisis internacional, significó que en Chile se alcanzaran tasas de desempleo de la fuerza de trabajo superiores al 30%, con una drástica caída en las remuneraciones reales, las que hasta el día de hoy no se recuperan.

De igual forma, hubo un virtual abandono de los sectores más pobres en materias tan vitales como salud, educación, vivienda, prestaciones familiares y pensiones asistenciales.

A este proceso acompañó una concentración importante de la inversión en rubros ligados a actividades primario-exportadoras, provocándose cierto desequilibrio entre los distintos sectores productivos.

A partir de esa realidad, nuestro gobierno está poniendo en práctica políticas para enfrentar directamente estos problemas, con una visión de futuro. Sería, por cierto, absurdo buscar volver atrás en el plano de la disciplina macroeconómica, de la apertura comercial, de la revalorización que se ha hecho en el país del aporte empresarial, o del buen funcionamiento de los mercados.

Queremos demostrar que la democracia *es compatible* con la eficiencia, y que *el crecimiento* puede ir de la mano con un esfuerzo de envergadura en materia de *justicia social*. De hecho, nues-

tra estrategia se apoya en tres pilares fundamentales:

—Garantizar la estabilidad macroeconómica mediante una política fiscal, financiera y cambiaria, basada en un manejo riguroso de las finanzas públicas y la mantención de un tipo de cambio real alto, evitando de esta forma desbordes inflacionarios y la introducción de un sesgo antiexportador en el país.

—Reestablecer la justicia social, promoviendo un programa económico-social que permita reducir significativamente los niveles de pobreza y marginación que existen en la actualidad, buscando al mismo tiempo un mejoramiento en las relaciones entre trabajadores y empresarios.

—Desarrollar la capacidad productiva del país mediante una política económica que permita dotar de mayor solidez a los diversos sectores productivos y, en particular, a aquellos que están vinculados al comercio internacional.

Este último desafío implica, básicamente, incrementar la competitividad. Para ello, no basta con el libre juego del mercado. En él se dan demasiadas imperfecciones que impiden desarrollar todas las potencialidades asociadas a nuestra dotación de recursos naturales y humanos. Las políticas que el gobierno pondrá en práctica tienen por finalidad suplir estas deficiencias, en el marco democrático que estamos empeñados en reconstruir.

En este contexto, se ha diseñado una política de modernización que considera tres aspectos sustantivos.

El primero corresponde a la incorporación deliberada y sistemática del progreso técnico a los procesos productivos nacionales. Si bien la participación de la actividad de investigación y desarrollo en el país ha aumentado en los últimos años con relación al producto interno bruto, existe un amplio margen de crecimiento en este aspecto antes de alcanzar los niveles de las naciones de mayor dinamismo.

Por lo anterior, un objetivo central del gobierno es aumentar considerablemente la capacidad de innovación tecnológica en las diversas actividades productivas. Entendemos este concepto, en un sentido amplio, como toda modificación en productos, procesos productivos, organización de la producción o uso de insumos que se traduzca en aplicaciones comerciales.

Para este efecto, se creará un fondo de desa-

rollo tecnológico, cuya finalidad será contribuir con recursos financieros para la ejecución de proyectos innovadores. De igual forma, se incentivarán los centros de productividad por rama de actividad, asignando en ellos un papel protagónico a las empresas interesadas. Otro esfuerzo en esta dirección será la disponibilidad de recursos para la elaboración de proyectos de preinversión.

Junto con incentivar el progreso técnico en las empresas, el gobierno se ha comprometido con la capacitación y el reciclaje de la mano de obra existente en el país. Sólo será posible proponerse metas ambiciosas en cuanto a participación en los mercados mundiales si se logra aumentar en forma apreciable la productividad de nuestros trabajadores. Esta es la herramienta fundamental para alcanzar una mejora importante de nuestra competitividad.

Por último, entendemos que un proceso de modernización productiva con miras a alcanzar una mayor presencia en mercados internacionales cada vez más complejos, debe sustentarse, entre otros aspectos, en una base creciente de empresarios y empresas, tanto en términos de cantidad como de capacidad empresarial. De este modo estaremos en mejores condiciones para enfrentar en forma descentralizada los desafíos que plantea el acelerado cambio tecnológico, el dinamismo de los mercados internacionales, como también la satisfacción de necesidades más diversas y sofisticadas de una población en aumento.

Creemos que estas son condiciones para avanzar en la senda del desarrollo con justicia social, en un marco democrático en vías de consolidarse. Como ya advirtió el secretario ejecutivo de la CEPAL, señor Gert Rosenthal, hay quienes sostienen que el crecimiento y la equidad son objetivos que se oponen entre sí. Para el gobierno que represento, no sólo se trata de conciliar ambos propósitos sino de entender la equidad como un elemento intrínseco de nuestra propuesta de transformación productiva.

Con gran satisfacción hemos podido comprobar la calidad y solidez de los trabajos preparados para ser discutidos en esta vigésimo tercera conferencia de la CEPAL. Me refiero a los documentos titulados *América Latina y el Caribe: opciones para reducir la deuda y Transformación productiva con equidad*.

Al iniciarse una nueva década, luego de lo que se ha dado en llamar "la década perdida", compartimos la necesidad de realizar acciones que aseguren un entorno internacional que facilite nuestro desarrollo.

El proceso de desarrollo, de por sí difícil, no puede ser emprendido en un entorno hostil, en el cual persistan graves problemas financieros y no se garantice el acceso fluido de nuestras exportaciones a los grandes mercados internacionales.

A nuestro juicio, el documento *América Latina y el Caribe: opciones para reducir la deuda*, plantea bien los problemas que aquejan a la región en este campo y los caminos para enfrentarlos.

Compartimos con la CEPAL la necesidad de buscar formas de fortalecer el plan Brady, corrigiendo sus deficiencias. Coincidimos en que es necesario que las naciones desarrolladas realicen un mayor esfuerzo para destinar recursos públicos que permitan apoyar la reducción del endeudamiento, y dotar de financiamiento adicional a las naciones afectadas para una asignación flexible en la renegociación de sus compromisos con la banca acreedora. Este esfuerzo de reducción de la deuda debiera ser extendido a los compromisos con el Club de París.

De igual forma, creemos que sería un avance importante que se eliminaran los obstáculos legales, normativos, contables y tributarios que dificultan la reducción de la deuda.

Debemos, sí, ser cuidadosos con aquellas propuestas que puedan introducir ciertas rigideces en la conducta de algunos actores de este proceso, como puede ser el caso del FMI. También es necesario evitar medidas que puedan afectar el flujo de recursos para el desarrollo proveniente de organismos multilaterales, como el Banco Mundial y el BID.

Con la misma fuerza con que debemos bregar para asegurar un entorno menos restrictivo, tenemos que asumir la responsabilidad que a nosotros mismos nos cabe en la creación de las condiciones y definición de políticas para mejorar nuestra situación.

Nada sacamos con quedarnos en la mera denuncia de los obstáculos internacionales a nuestro desarrollo. De allí que compartamos completamente la visión planteada en el trabajo *Transformación productiva con equidad*, en cuanto a que

el desarrollo requiere un esfuerzo de largo aliento, en múltiples áreas.

Entre otras, destacan la disciplina macroeconómica, la equidad social, la concertación entre los actores del proceso económico y, por cierto, la búsqueda permanente de la competitividad. A su vez, ésta supone la existencia de una estructura productiva fuertemente articulada y con gran capacidad de adecuarse a las tendencias de los cambios tecnológicos.

En todos estos ámbitos la propuesta de la CEPAL realiza, a nuestro juicio, aportes sustantivos. De ahí, entonces, la importancia de difundirla y profundizarla, adecuándola a las características de las diferentes economías de la región. Nuestro país tiene especial interés en trabajar junto a la CEPAL y a los demás gobiernos miembros, en esta dirección.

A nombre del gobierno del Presidente don Patricio Aylwin, quiero aprovechar esta oportunidad para confirmar oficialmente nuestro ofrecimiento para que Santiago de Chile sea sede de la vigésimo cuarta conferencia de la CEPAL, en 1992.

Deseamos asumir en conjunto con los países de la región el compromiso con el crecimiento, la modernización y la justicia social. No creemos en la posibilidad de una integración solitaria a la economía mundial.

Tenemos gran voluntad de cooperación con los países de América Latina y del Caribe. No queremos, sin embargo, quedarnos en una retórica, que lo único que hace es acumular nuevas frustraciones. La integración debe realizarse a la luz de la búsqueda de resultados concretos. La rápida transformación industrial y tecnológica que está teniendo lugar en el mundo abre posibilidades ciertas, tanto de integración como de cooperación a nivel regional, que debemos aprovechar.

Las dificultades por las que atraviesa América Latina y el Caribe hacen difícil avanzar por el camino de las grandes propuestas. Sin embargo, en el marco de su crisis política y económica reciente, también América Latina ha obtenido algunos resultados provechosos que pueden guiar nuestra búsqueda común.

En este sentido, estamos completamente de acuerdo con lo planteado por la CEPAL en cuanto a que la integración debe deparar beneficios netos para todos los participantes, encontrar un

asidero en los proyectos políticos nacionales, y suscitar un apoyo de distintos estratos de la población.

Un primer aspecto en el que hemos avanzado es el logro de una mayor homogeneidad política. La experiencia histórica de los procesos de integración muestra que ellos son más factibles cuando las naciones que participan tienen en común no sólo sus problemas y su geografía, sino también comparten valores y objetivos políticos. El avance nacional y regional de América Latina hacia la democracia es el sustrato en el cual se hacen posibles la cooperación política y el diálogo, indispensables para la integración.

En segundo lugar, creo que también avanzamos con dificultad, pero de manera persistente, hacia el logro de una mayor compatibilidad de políticas económicas. Si las naciones que aspiran a una mayor integración no tienen un control adecuado sobre sus variables macroeconómicas, si son demasiado diversas las condiciones en las cuales se desarrolla su producción interna, si subsisten entre ellas barreras artificiales que impiden el comercio y la libre circulación de bienes y servicios, todo lo que se hable sobre integración es pura retórica.

El esfuerzo de ajuste en que nuestros países se hallan empeñados, cada cual según sus propias necesidades, es el primer paso hacia el logro

de economías susceptibles de ser integradas regionalmente.

En tercer lugar, todo lo ocurrido en las últimas décadas ha servido para dotar a los latinoamericanos de un mayor realismo. La cooperación y creciente integración de nuestras economías sólo puede fundarse en las expectativas reales de beneficios mutuos para todos los participantes. Si los empresarios, los transportistas, los trabajadores, los exportadores, los banqueros de nuestros países, no ven en la integración beneficios claros, la integración no se realizará, por mucho que los políticos y los intelectuales pronuncien bellos discursos al respecto. La cooperación debe producir pronto resultados concretos, aunque sean modestos, para conseguir apoyo.

Nuestro papel no es, entonces, el de diseñar grandes planes de complementación; sino el de usar toda nuestra imaginación para derribar barreras, suprimir trabas burocráticas, ampliar y regionalizar mercados. Ello será posible en la medida en que establezcamos internamente nuestras economías, pero no es indispensable esperar hasta entonces para iniciar el camino.

Sólo así estaremos en condiciones de cerrar la brecha que nos separa como continente, del mundo industrializado, y avanzar hacia el siglo XXI en democracia.